

Punto de Vista

EL NUEVO MUNDO DEL EURO

Jesús Rivasés(*)

El "nuevo mundo" del Euro comenzó, de repente y por sorpresa, el jueves 3 de diciembre de 1998. Era tan esperado como deseado, y también temido por algunos. Pero era inevitable. Una moneda única exige tipos de interés únicos. Y eso fue lo que ocurrió. Los bancos centrales de todos los países que implantarán el Euro a principios de 1999 acordaron, de forma conjunta, colocar el precio del dinero en el 3 por 100, con la excepción de Italia que, por razones técnicas, demoró unas semanas la medida. Fue, sin duda, el acta de nacimiento formal del Euro y el traspaso efectivo de las políticas monetarias al Banco Central Europeo, que preside el holandés Win Duisenberg. Los gobernadores de los distintos bancos emisores le hicieron el favor de adoptar la decisión por anticipado. Así, sus primeras medidas serán menos aparatosas.

La equiparación de los tipos de interés de todos los países del "nuevo mundo" del Euro era algo ya sabido, e incluso descontado en buena parte por los mercados. Sólo faltaba saber cuándo ocurriría. Sin embargo, la sorpresa no ha sido tanto la fecha como cuál ha sido el precio del dinero fijado, un 3 por 100, bastante menos de lo previsto, que era alrededor del 3,30 por 100, y ya se sabe que en el universo monetario, esos 30 "pipos" –puntos de interés básico– son todo un mundo. Hay algunas razones que explican esta decisión de los señores del dinero de Eurolandia. Quizá la fundamental es que, en los orígenes de su nueva moneda,

Europa quiere blindarse ante cualquier rebrote o coletazo de la crisis que ha asolado, con diferente intensidad, a los mercados mundiales en los últimos meses y que, hasta ahora, el viejo continente ha sabido esquivar. Pero para muchos, expertos y políticos, los peligros de la crisis están todavía ahí y, ante eso, nada mejor que vacunarse con el bálsamo de un dinero barato. El objetivo último es evitar que los problemas pudieran llegar a la economía real. El "euro" debe nacer con todo a su favor. Y hay que trabajar para conseguirlo.

Win Duisember, una especie de holandés errante monetario, con un pasado socialdemócrata no demasiado ortodoxo desde el punto de vista monetario es ya, como presidente del Banco Central Europeo, uno de los hombres más poderosos de Europa. Decir el más poderoso quizá sea una exageración. Sin embargo, sus decisiones afectan –o afectarán desde el próximo 1 de enero– directamente, en el precio del crédito por ejemplo, a 290 millones de personas. Indirectamente a otros 60 ó 70 millones. Y Duisenberg, como ha demostrado en el pasado reciente, quiere ser ortodoxo, y sus prioridades –porque así lo establece el Tratado de la Unión Europea– serán el mantenimiento del valor de la moneda y la lucha contra la inflación. Pero Duisenberg y los gobernadores de los Bancos Centrales de los países del Euro han estudiado con cuidado la situación europea antes de adoptar la histórica decisión de situar los precios del dinero en el 3 por 100 y preparar

las mejores condiciones para la llegada del Euro. El propio Duisenberg ha reconocido que existen síntomas de desfallecimiento económico en Eurolandia y que ésta es la causa fundamental de la rebaja de tipos de interés. "No es nada grave, pero no nos gusta", fueron las palabras explicativas del presidente del Banco Central Europeo que no quiere bromas con nueva moneda. El envite es demasiado importante como para que Eurolandia no lo tenga todo previsto y controlado.

Mientras tanto, los últimos meses de 1998 están repletos de acontecimientos en este mundo cada vez más global y también en España. Las bolsas han conseguido recuperarse del soponcio veraniego y vuelven a acumular ganancias espectaculares, aunque los temores y los nervios están presentes de forma permanente. Existe el temor de nuevos traspies, porque hay demasiadas incertidumbres en el horizonte: el sudeste asiático, Japón en particular, el galimatías de Rusia y de su entorno, la capacidad de resistencia de Iberoamérica y si Europa y Estados Unidos no se resentirán. Es obvio que nadie garantiza nada, y los más avisados –y arriesgados– aprovechan para hacer grandes negocios, porque las oportunidades abundan.

Los epígonos e ideólogos de Tony Blair recorren Europa y predicán su "tercera vía" a los cuatro vientos. Es un mensaje que para muchos suena novedoso y, por eso, le prestan atención. Al mismo tiempo, en un mundo cada vez más global, la carrera de las grandes fusiones está absolutamente lanzada, desbocada. En pocos días ha habido más fusiones que en otras épocas en años o incluso lustros. Las empresas quieren ser globales, y ahí están los principales y deslumbrantes ejemplos: Deutsche Bank y Bankers Trust crean el primer banco del mundo; las petroleras Exxon y Mobil se unen, y también hacen lo propio Total y Petrofina. Pero éstos son sólo algunos casos –quizá los últimos o los más llamativos– de un fenómeno tan extendido como imparable. Y estamos sólo al principio.

En la vieja España, país del Euro por derecho propio, también todo ocurre muy deprisa. En primer lugar, los españoles ya gozan de las ventajas, presentes y futuras de la moneda única, desde hace tiempo. España, por primera vez en décadas, tal vez cientos de años, ha

conseguido subirse a tiempo a uno de los grandes trenes de la historia. Es un fenómeno desconocido para todos los españoles vivos, algo de lo que tan sólo podían tener noticia por los libros de historia. Los euroescépticos tendrán que reconocer que los tipos de interés no hubieran bajado al 3 por 100 si España hubiera quedado al margen del Euro, como deseaban. Es cierto que toda aventura nueva conlleva riesgos, pero también otras ventajas, y no hay que olvidar los versos del poeta Hölderlin: "allí donde anida el peligro, crece también la salvación". Para España también despunta un "nuevo mundo".

El Gobierno español, en estos momentos, pelea a brazo partido para que la Unión Europea mantenga los llamados fondos estructurales de los que se beneficia directamente España y cuyo objetivo último es equiparar el nivel de vida de los estados de la Unión Europea, y equiparlo por el procedimiento de aumentar el de los más bajos. Es decir, más bienestar para todos. De momento, la situación está en tablas. Antes o después, la Unión Europea reducirá primero y luego suprimirá esos fondos para España. La perspectiva liberal afirma que cuanto antes ocurra, mejor; hay otra que defiende que hay que procurar estirar la existencia de esos fondos el mayor tiempo posible. De momento, el equipo del vicepresidente Rodrigo Rato ultima el llamado Programa de Estabilidad que hay que presentar ante los responsables europeos, que deben darle su visto bueno. España hizo un gran esfuerzo para superar el llamado examen de Maastricht y ahora, logrado lo más difícil, debe mantener alta la guardia para no perder el terreno ganado, es decir no volver a caer en la espiral inflación–déficit–deuda y, por supuesto, paro. Sobre todo ahora que el desempleo comienza a retroceder, aunque todavía es el principal problema del país.

Las empresas españolas también viven ya en un mundo global y no quedarán ajenas al fenómeno mundial de la concentración. Especialmente los bancos. Luis Ángel Rojo, gobernador del Banco de España, admitía hace algunas semanas que el Euro forzaría a alianzas estratégicas a la banca. Es cierto, y los banqueros españoles intentan, de alguna manera, adelantarse a los acontecimientos. Los responsables de las grandes entidades financieras hispanas, por lo menos de algunas, buscan desde hace tiempo la forma de rematar alguna

operación que les permita ser grandes no sólo en España o, por lo menos, no ser pequeños fuera de nuestras fronteras. Y ese proceso pasa por las fusiones internas o por las alianzas estratégicas internacionales. El Gobierno, de momento, no dice nada. Tan sólo que no ve muchas posibilidades a la concentración bancaria doméstica. Por otra parte, desde que llegó al poder el PP, se ha declarado neutral en el asunto. ¿Qué diría si, de repente, dos grandes bancos españoles acuerdan fusionarse, por poner un ejemplo?

Casi al mismo tiempo, España vive su "big-bang" particular de las telecomunicaciones. Telefónica, la empresa que preside Juan Villalonga, ya no es un monopolio y tiene que lidiar con una competencia que le pone las cosas más complicadas de lo teóricamente previsto. Ahí está la gran batalla de los próximos meses. La Telefónica de Juan Villalonga frente a Airtel y Juan Abelló, Retevisión y Pedro de Torres y, por último, de momento, Uni2 y Eugenio Galdón. Y bien saben Villalonga y su equipo que no se puede despreciar a la competencia, por pequeña que sea, aparentemente, al principio. Airtel y sus móviles es el mejor ejemplo. Nada es imposible. Por eso, en Telefónica ha habido cambios y fundamentales. La gran noticia –con tantas interpretaciones como opiniones– fue la decisión de su Consejo de Administración de no repartir dividendo y destinar su importe a consolidar su expansión internacional. Es la nueva moda americana de los negocios, dar valor a la acción, en detrimento del dividendo. Es toda una opción, pero debe madurar en el mercado aunque, en principio, tuvo una buena acogida. Mientras tanto, mantiene una especie de ríffrafe permanente con el Ministerio de Fomento y su titular, Rafael Arias Salgado. Pero Telefónica es muy importante para España. Es la primera multinacional del país, en una época en la que como novedad hay multinacionales españolas. Es una empresa privada, pero también lo es la estadounidense General Motors o Coca Cola, y un fracaso de

esas compañías sería también un pequeño fracaso de su país de origen. En el caso de Telefónica, el quebranto sería mayor para España, sobre todo por razones estratégicas.

Por último, dentro de unos días, el 1 de enero de 1998, entrará en vigor el nuevo Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas (IRPF). Supone, de verdad, una reducción de impuestos, aunque sea discutible quiénes resultan más favorecidos. Se trataba de una vieja aspiración de los ciudadanos, con independencia de su adscripción política, aunque luego los partidos tengan sus opiniones públicas discrepantes. El nuevo IRPF conlleva, a su vez, una modificación –reducción– de las retenciones de los salarios y del capital, con la introducción de retenciones a las plusvalías de los Fondos de Inversión como novedad más llamativa. La gran incógnita es si la recaudación caerá, como dicen los enemigos del nuevo impuesto o si, por el contrario, menores impuestos darán origen a más actividad y, como consecuencia, a más recaudación, como dicen sus defensores. Los caudales son necesarios si se pretende mantener las actuales condiciones del "estado del bienestar" español. Claro, que los ciudadanos españoles viven encerrados en una aparente contradicción irresoluble. Por una parte, quieren pagar menos impuestos; por otra, quieren recibir más prestaciones por parte del Estado. Parecen objetivos contrapuestos.

En cualquier caso, España vive ya irremediable –y afortunadamente– inmersa en un "nuevo mundo", el mundo del Euro. El futuro está ahí, y debería ser mejor.

NOTA

(*) Subdirector del diario La Razón.